

Monika Peetz

Las amigas
de los martes
en el balneario

Traducción:

MARÍA JOSÉ DíEZ PÉREZ



MAEVA

Para Heide y Karl-Heinz Peetz

1

Era uno de esos días. Eva había trabajado en el turno de mañana en la clínica, los cuatro niños discutían a grito pelado sobre quién podía utilizar el ordenador y Frido, su marido, que había prometido encargarse de la cena, seguía ocupado en el despacho. Dentro de una hora y media tenía que estar en Le Jardin, con *sus* francesas. Desde hacía días estaba impaciente por que llegara esa noche de diversión con sus amigas de las cenas de los martes. A lo largo de dieciséis años, las cinco mujeres, a las que en un principio no les unía nada salvo el deseo de aprender francés en el Institut Français de Colonia, habían forjado una gran amistad. Habían superado tormentas, golpes del destino y una peregrinación a Lourdes. No siempre era fácil entenderse con sus amigas; ese día en concreto tenía el problema de si llegaría a reunirse con ellas.

Eva lidiaba con una lista interminable de tareas y la planificación por sextuplicado de la agenda de su familia. Después del viaje a Lourdes había vuelto a ejercer la medicina. Por desgracia, el agua de la fuente sagrada ni había convertido a Frido en un rey de los fogones ni a tres adolescentes rebosantes de hormonas y una niña de diez años en ayudantes voluntariosos. Cuando sonó el timbre no se olió nada bueno. Todos los que acudían

con regularidad a su casa sabían que la puerta siempre estaba abierta. Con cuatro hijos con una tendencia crónica a perder las llaves y una vida social intensa, era una cuestión de legítima defensa. Únicamente había una persona que llamaba al timbre por principios y esperaba que fueran a abrirle en persona. Eva suspiró. No cabía la menor duda, solo podía ser su madre. Desde que se jubilara hacía un año y medio, Regine se hallaba a plena disposición de su hija. Demasiado plena. Demasiado dispuesta. Se negaba a llevar a cabo rituales burgueses como llamar por teléfono antes de ir.

Regine no llamaba al timbre, sino que enviaba mensajes en morse que recordaban a la marcha triunfal de Aida. Eva quería a su madre. Pero no siempre. Y desde luego no un primer martes de mes, cuando, como desde hacía dieciséis años, había quedado con sus amigas en Le Jardin. Le habría gustado saber decir que no categóricamente. En lugar de eso, se obligó a sonreír y abrió. Apoyada con indiferencia en la puerta había una muchachita *hippy* de sesenta y dos años con una falda de volantes de floripondios hasta los pies e infinidad de cadenas con colgantes enormes al cuello. Bajo un amplio sombrero veraniego asomaban unas largas trenzas rubias. Regine completaba el atuendo con unas sandalias de cuero indias.

—Tu abuela me guardó todas mis cosas de antes —contó Regine—. Esto lleva tanto tiempo en el desván que vuelve a estar de moda.

Regine vivía desde hacía años en la casa que había heredado de sus padres en la ciudad de Bergisch Gladbach. Recién jubilada y sin nada que hacer aparentemente, por el momento volcaba toda su energía en el atestado desván, que nadie había pisado en décadas.

—Típico de la generación a la que le tocó vivir la guerra. Tu abuela Lore era incapaz de tirar nada —explicó—. Todo sigue ahí, mi pasado entero. Bueno, dime, ¿qué te parece lo que llevo puesto?

—Tengo que estar dentro de una hora en Le Jardin —adujo Eva débilmente.

Pero la necesidad de explayarse de Regine superaba su empatía. Su madre agitó un librito amarillento.

—He encontrado un libro viejo mío en el desván: medicina tradicional china. De lo más revelador —contó Regine, y echó a andar hacia la cocina—. Creo que he adelgazado —dijo al tiempo que se subía la falda y observaba el chándal desastrado de Eva.

Esa mirada bastó para que a su hija le remordiera la conciencia. Desde hacía años luchaba a diario contra las calorías, los kilos y la imagen que le devolvía el espejo. Era feliz cuando conseguía liquidar la mitad de todo lo que tenía que hacer cada día. Por regla general, por el camino quedaban cosas como «ir en bici a la clínica», «apuntarse al gimnasio» o «empezar de una vez la dieta de la piña». Su armario parecía un museo dedicado a la chica delgada que fue un día. Por absurdo que pudiera parecer, no recordaba mucho de la Eva delgada. Incluso cuando aún estaba delgada se sentía gorda. Ir de tiendas con sus amigas era una tortura para ella. Probadores sin espejo, etiquetas solo de la talla 36 y pantalones que le apretaban hasta en la XXL. Mientras ellas se iban a casa cargadas de bolsas, Eva solía volver con unas gafas de sol, un fular y una caja de galletas de mantequilla.

«Uno nunca tiene bastante con una mujer a la que ama», la consolaba Frido cuando Eva no conseguía subirse la cremallera del vestido. Por regla general, su madre era menos comedida. Ese día lo dejó estar con una mirada; tenía otro tema de conversación.

—No sabía la cantidad de recursos que se desaprovechan en Occidente —se acaloró Regine—. Nuestra sociedad se hunde. Y todo por un enfoque equivocado de la enfermedad.

A Eva le daba lo mismo la razón por la que Occidente se iba a pique. Antes de ir a Le Jardin tenía que vaciar el lavavajillas y poner la lavadora. Si no lavaba la ropa antes de cenar, al día siguiente Frido hijo iría a clase de gimnasia en ropa interior y Frido padre a la reunión de la junta directiva sin camisa.

—Me he informado —continuó su madre—. Se puede estudiar medicina natural china. Formación complementaria. No te vendría mal.

Eva había asistido a un sinnfín de seminarios para poner al día sus conocimientos médicos. La sola idea de hacer otro curso más casi la hizo desfallecer.

—Yo pongo la lavadora y tú te arreglas —propuso Regine, cuya vista de lince ya había reparado en la cesta de la ropa—. Nos tomamos un té y me marchó. —Se sacó un paquetito de la vistosa bolsa de tela bordada que llevaba—. «Té de la alegría y la desenvoltura» —leyó—. Especial para ti.

Eva era una médico muy querida, capaz de tranquilizar a los pacientes, consolar a familiares alterados; además de una jornada laboral de 19,25 horas conseguía llevar una casa de seis miembros..., pero con su madre no tenía nada que hacer.

Mientras se cambiaba de ropa a toda prisa en su habitación, escuchaba atentamente lo que hacía Regine en la cocina. A saber si de paso no le daba por ordenar los armarios. Regine aconsejaba a Eva en todos los aspectos de la vida; gratuita y espontáneamente. Su animado discurso enmascaraba su tremenda capacidad de inmiscuirse. Sus frases empezaban con perlas como: «Tú sabes que soy tolerante, pero si me permites que te dé un consejo...».

«Tú hazlo como tú quieras, desde luego, pero yo creo que...»

Las visitas espontáneas que Regine hacía a su hija causaban el efecto de un tornado de intensidad media. Se presentaba por sorpresa, como salida de la nada, asolaba la vida de Eva y dejaba tras de sí un campo de ruinas emocionales. Hasta la vez siguiente. Lo peor era que las intenciones eran buenas de verdad. Después de dos breves matrimonios fallidos, aventuras tristes y el final de su tortuosa carrera profesional, Regine ansiaba ser importante para alguien.

Plas, plas, plas, las sandalias de Regine recorrían las baldosas de la cocina, acompañadas del tintineo incesante de las cadenas del cuello. Eva oyó un abrir y cerrar de cajones, el agua corriendo, el hervidor. Luego el rechinar de la puerta del sótano. Regine

bajó al lavadero silbando alegremente. De repente se oyó un taco, un grito desgarrador, el ruido de la cesta de la ropa sucia al caer, que dio contra la barandilla, un estrépito sordo y después nada más. Ni pasos ni sonidos. Nada. A Eva se le paró el corazón. Salió corriendo del dormitorio y bajó la escalera a toda velocidad, con una pierna enfundada en los vaqueros y la otra pernera arrastrando por el suelo.

—¡Mamá! —exclamó en dirección al sótano—. Di algo, mamá.

Notó que le fallaban las piernas. Regine era agotadora, pero siempre estaba llena de planes y de vida. Ahora no podía pasar eso. Ahora no. Nunca. ¿Por qué no se sentó con su madre en la cocina a tomar el té sin más? ¿Por qué le encasquetó poner la lavadora?

El runrún monótono del juego de ordenador, el típico sonido de fondo de muchas tardes, había cesado. Los cuatro niños se habían reunido en el recibidor. A menudo a Eva le parecían mayores y adultos, pero ahora lo que veía era cuatro pares de ojos infantiles asustados.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó sin pensárselo, y eso que ninguno de los niños hizo ademán de bajar al sótano para ver qué le había pasado a la abuela.

Ese silencio terrorífico. Ojalá no le hubiera pasado nada. Ojalá estuviera bien. Del fondo del subconsciente de Eva surgió una idea sorprendente: ahora ya sí que no sabré nunca quién es mi padre. Se asustó de sí misma mientras bajaba al sótano con pasos temblorosos. Desde hacía años la asaltaba periódicamente esa cuestión. Había épocas en las que estaba tan ocupada con su propia vida que se le antojaba banal en qué circunstancias había empezado esa existencia, pero había fases en las que creía que no podría crecer sin saber cuáles eran sus raíces. En la adolescencia echaba de menos sobremanera a su padre, y eso que ni siquiera conocía su nombre. Regine ahogaba todas las preguntas en un silencio tenaz. ¿Era la decepción lo que la hacía callar? ¿Rabia? ¿Pena? ¿Eran sentimientos heridos? ¿Por qué no quiso su padre ejercer de padre? Fue asombrosa la cantidad de pensamientos que

se le pasaron por la cabeza al mismo tiempo durante lo poco que tardó en llegar a donde estaba su madre.

Regine estaba tirada a los pies de la escalera, el cuerpo extrañamente contorsionado. De repente Eva supo que sin ella se quedaría sin respuesta esa cuestión vital. Un segundo después se le ocurrió que con ella tampoco se despejaría su duda.

Su madre se retorció de dolor. Tenía la pierna izquierda salida hacia fuera, no podía estar tumbada ni sentada ni de pie, lo que sí podía hacer era echar pestes:

—No pienso ir al hospital —aseguró con energía cuando se inclinó para ver cómo estaba—. De ninguna manera.

—¡Llamad a una ambulancia! —pidió Eva a los de arriba.

Eva olvidó que era martes. El primer martes del mes. De pronto estaba completamente tranquila. Era médico, sabía lo que había que hacer.

2

«¿Dónde estarán las señoras?», se preguntó Luc. El propietario del restaurante francés miraba desconcertado la puerta. Judith era la única que se había presentado en Le Jardin a la hora a la que habían quedado; no tenía familia ni pareja, ni tampoco una profesión absorbente. No había nada ni nadie que le impidiera ser puntual. Estar sola en una mesa puesta para cinco era un suplicio para ella. Se revolvía con nerviosismo en la silla. Notaba las miradas de pena que le dirigían los otros comensales. Si al menos tuviera un teléfono de última generación... Quienes se podían conectar a Internet parecían ocupados e importantes. Judith solo tenía un móvil antiguo, con el que únicamente podía hacer llamadas y mandar y recibir mensajes. Y para colmo rara vez lo encendía. Por la radiación... y porque no tenía sentido. Desde que murió Arne, su marido, el teléfono apenas sonaba.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó Luc.

Judith negó con la cabeza. No le gustaba nada comer sola.

—Seguro que Caroline está al caer —la consoló Luc—. Siempre es puntual.

—Probablemente haya tenido que ver a un cliente —aventuró ella.

La exitosa abogada penalista trabajaba más que nunca desde que hicieran la peregrinación.

«Me pregunto si Caroline se da cuenta de que ya no vive con su marido», bromeaba a veces Estelle.

Judith no se reía. Era la menos indicada para pitorrearse de Caroline. Al fin y al cabo, tenía su vergonzosa parte de culpa en el fracaso del matrimonio de Philipp y Caroline, pues cuando Arne murió de cáncer, ella buscó consuelo entre los brazos del marido de su amiga. Primero Philipp fue su médico de cabecera, luego su cordial consejero y finalmente su amante. En el camino de Santiago salió a la luz la aventura secreta. Y resultó que ella no había sido la única ni la última amante. Philipp desapareció de su vida, pero los remordimientos de conciencia seguían siendo su fiel compañero diario. Por desgracia, el único.

Luc le sirvió un aperitivo. Aquel hombre era sencillamente fantástico. Desde que volviera de Lourdes, Judith trabajaba cuatro días a la semana de camarera en Le Jardin, pero el primer martes de mes acudía allí en calidad de comensal. Antes, trabajar en la hostelería se consideraba estresante; ahora Le Jardin se le antojaba un remanso de dicha. Siendo camarera, Judith tenía uno de los pocos trabajos en los que las palabras «final de la jornada» aún significaban algo. A diferencia de sus amigas, ella no tenía que estar siempre, en todas partes y a todas horas, respondiendo correos electrónicos, o disponible para aclarar posibles dudas. Hasta Estelle, que al ser la rica mujer de un farmacéutico podía permitirse el lujo de no trabajar y delegar todos los cometidos ingratos, estaba estresada. Se había metido sin estar muy convencida en la organización de la gran gala benéfica del club de golf, y desde entonces andaba que no paraba. Ya solo la cuestión de qué ponerse para el evento la traía de cabeza.

—Vendrán, ya lo verás —la consoló Luc cuando le llevó la segunda copa de Prosecco—. Invita la casa.

Era una pena que no se pudiera enamorar de Luc. Judith había intentado una vez, una sola, hablarle de sus problemas. De que a menudo tenía la sensación de no estar a la altura de sus amigas.

—Lo entiendo —repuso él, poniendo la más ensimismada de las miradas—. A mí me pasa lo mismo cada vez que el Colonia juega contra el Bayern.

A Judith le alegraba que al menos Kiki, al igual que ella, luchara por conseguir el equilibrio en la vida. Kiki, la diseñadora, aparte del aplaudido diseño de una colección de jarrones, se había traído de la peregrinación un recuerdo singular: el recuerdo se llamaba Greta, tenía seis meses y medio y era el motivo de que las cosas se hubiesen puesto más serias precisamente con Max Thalberg que con sus numerosos predecesores. Y eso que Max solo tenía veinticuatro años y además era hijo del jefe de Kiki. Exjefe, para entonces. Si su indeseado suegro confiaba en que Kiki pasara por la vida de su primogénito como una bronquitis aguda, fulminante pero pasajera, la rápida llegada de Greta, su nieta, lo desengañó. Kiki y Max compartían cama, mesa, casa y problemas económicos. Y pese a todo opinaban que Greta era lo mejor que les había pasado en la vida. Judith envidiaba a sus amigas por sus vidas animadas, plenas.

Cuando a las nueve y media se fue a su casa haciendo eses y sin haber conseguido nada, con cuatro copas de Prosecco y un plato de pan y paté de aceitunas en el estómago, Judith descubrió que tenía cuatro mensajes nuevos. No quería saber por qué ninguna de sus amigas había podido ir a Le Jardin. «Así no podemos seguir —escribió—. Vayámonos juntas unos días a alguna parte antes de que el día a día se lo cargue todo.»

3

¿Irse a alguna parte? ¿Ahora? ¿Con sus amigas? Eva leyó por encima el mensaje de Judith. Desde la caída de Regine no había tenido tiempo para pensar. Hospital, ingreso de urgencia, rayos X: todo hubo de hacerse deprisa. Por suerte, su madre no se desnucó, solo se rompió el cuello del fémur. Un largo de falda que ya no se correspondía con su estatura fue la causa de la caída, insinuaba. Pero lo que demostraron los reconocimientos de los días siguientes, aunque Regine no quisiera reconocerlo, no era la peligrosa escalera de Eva, sino una osteoporosis posmenopáusicas que se había cobrado unos centímetros de altura y había ocasionado el funesto tropezón.

«Una afección crónica posterior a la menopausia en cuyo desarrollo se va reduciendo poco a poco la masa ósea –contó Eva, tan cauta como de costumbre–. El esqueleto se vuelve inestable y poroso, y los huesos se acaban rompiendo.»

«A la abuela le pasa algo que tiene que ver con la menopausia –escribió la benjamina de Eva en su Facebook después de que ella informara por teléfono a la familia–. Pero no tiene nada que ver con el mal tiempo que hace.»

«Una dolencia típica de la edad», dictaminó el médico que la trató, algo menos diplomático.

–A mí no me trata ese petimetre incompetente –decidió Regine.

Prefería ir a otro hospital, a poder ser donde trabajaba su hija. Así Eva podría pasarse a verla a menudo cuando estuviera trabajando.

—Yo me ocupo —prometió Eva.

Y se ocupó de todo: del traslado, de los detalles relativos a la organización, de la larga lista de cosas que necesitaba su madre para soportar el tiempo que tuviera que pasar en el hospital y de la falda de volantes.

—Esa qué mala —resolvió Regine—, quema todo el armario. Que desaparezcan todos los trastos del desván.

«Tu abuela me guardó todas mis cosas de antes», recordó Eva cuando iba en el coche a buscar lo que necesitaba Regine a su casa a Bergisch Gladbach. «Todo sigue ahí, mi pasado entero.»

En años anteriores, Eva aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para olisquear en el caos de documentos de Regine en busca de huellas de su progenitor. En cuanto su madre se marchaba de vacaciones y ella iba a cuidar de las plantas y a recoger el correo se ponía a revolver en las viejas cajas de cartón en las que Regine guardaba documentos, certificados y cartas. Nunca se le había ocurrido mirar en el legado de sus abuelos.

A Eva, Bergisch Gladbach le parecía extraño y familiar al mismo tiempo. Había pasado sus primeros cinco años de vida en la calle Bussardweg, con sus abuelos. Tres generaciones bajo el mismo techo. Eva era la hija ilegítima de una madre menor de edad. Por aquel entonces, en los años sesenta, algo así daba lugar a cuchicheos maliciosos entre los vecinos. El día siguiente a su vigésimo primer cumpleaños Regine huyó a Colonia con su hijita. Después vino lo que en la actualidad Regine llamaba eufemísticamente «mis años locos». Impulsada por unas ganas de vivir desenfundadas, probó todo cuanto se cruzó en su camino:

formas de vida, trabajos, hombres, ideologías. Muchas cosas no eran ni aptas ni buenas para menores. Al igual que antes, Eva pasaba mucho tiempo con sus abuelos en Bergisch Gladbach. Regine solía dejarla semanas enteras con la abuela Lore y el abuelo Erich mientras ella se buscaba a sí misma y hallaba su equilibrio y el sentido de la vida en *ashrams* de la India.

Por fuera, el sobrio chalé adosado de la Bussardweg apenas había cambiado desde que Eva era pequeña. Todo en la casa era cuadrado, recto y racional: ventanas con seis cuarterones, una buhardilla tosca en el tejado a dos aguas basto y sin ventanas, un sólido porche con una escalera y un alero de obra. Sobrio, severo y recto como el abuelo, que era jefe de contabilidad de la fábrica de maquinaria Anton Dorsch. El buda del jardín y la alegre guirnalda india no hacían olvidar que la construcción había conocido tiempos mejores.

—¿Por qué no pinta Regine? —preguntaba Frido cada vez que iban de visita.

—Ni dinero ni voluntarios —resumía la situación Eva.

La fiebre de las reformas que había afectado los últimos años a las viviendas que se construyeron para el personal de la fábrica Dorsch había pasado sin dejar rastro por el revoque gris de la casa. Hasta los ruidosos *riffs* de guitarra y la atronadora batería que salían del garaje de al lado parecían un saludo del pasado: «*Love me tender, love me sweet*», cantaba una voz grave de hombre.

Eva apenas había aparcado cuando la puerta del garaje se abrió. El vocalista del grupo de jubilados Schmitz & Friends, un señor que rozaba los setenta, con gafas de concha negras, patillas y un pelo que por detrás le llegaba por los hombros, la había oído llegar: «¿Qué pasa? ¿Le pasa algo a Regine? Anoche no vino a casa».

Henry Schmitz tenía unos años más que Regine. Los padres de ambos trabajaban en la fábrica de maquinaria. Ya de pequeños vivían al lado, y ahora, de herederos, volvían a hacerlo. Habían sido jóvenes juntos y ahora eran mayores juntos. Cada uno en su adosado.

«Regine no vino anoche a la barbacoa, estamos muy preocupados», añadió su mujer, la regordeta y bajita Olga Schmitz, desde la ventana de la cocina. El control social en la colonia funcionaba a la perfección.

Eva conocía al matrimonio vecino de toda la vida. La caída por la escalera de Regine y el hecho de que a su pensamiento acudiera súbitamente la figura paterna ausente hicieron aflorar el pasado. Y sentimientos de los que creía haberse librado hacía tiempo. Sintió renacer la niñita que miraba con envidia a la familia de al lado. Los Schmitz eran la familia tradicional que ella no tuvo nunca: padre, madre y tres hijas más o menos de la misma edad que Eva. La inquieta y menuda señora Schmitz, que ya de joven era bastante rellenita, siempre llevaba delantal. Guisaba, horneaba, hacía punto y cosía mientras Henry Schmitz correteaba con las tres niñas por el jardín. En casa de la abuela Lore se leía la Biblia; los vecinos cantaban canciones de moda. Su abuelo trabajaba en una oficina; Schmitz, con las manos. Sabía hacer de todo: empalmar lámparas, construir casas en los árboles y poner parches a las ruedas de las bicicletas.

«Yo no querría vivir nunca como los Schmitz», solía decir Regine los primeros años en Colonia. Mientras ella recorría la historia universal, continentes y amores, Schmitz enfilaba el camino de todos los Schmitz. Trabajaba en Dorsch, para Regine la encarnación del aburrimiento burgués: «Mentalmente no ha salido nunca de la Bussardweg. La vida entera con una mujer y una empresa. Qué horror».

A Eva ambas cosas le parecían estupendas. En una ocasión, un día que llovía, Schmitz la llevó al colegio de Colonia al que

iba en su Opel Kapitän de color turquesa. Por aquel entonces tenía nueve años y era la primera vez que Regine desaparecía durante semanas. Eva no dijo nada cuando sus curiosas compañeras del colegio lo tomaron por su misterioso padre. Se imaginó que se cambiaba por la hija mayor; a fin de cuentas a ella le gustaba mucho más la música que a la hija del vecino. Cantaba a escondidas con ellos cuando al lado Schmitz acometía a pleno pulmón canciones de moda con sus hijas. A veces, mientras Eva estaba en el salón con sus cuatro hijos, David al piano, Lene a la guitarra y Frido hijo y Anna cantando, recordaba la añoranza con la que escuchaba de pequeña las canciones. Se alegraba de haber dejado tras de sí a esa niña solitaria. Había llegado al lugar donde se hacía música: a su propia familia.

—Voy a hacer un bizcocho —decidió la señora Schmitz después de que Eva le contara lo de la caída—. Con semillas de amapola, que le gusta mucho a Regine.

La señora Schmitz creía firmemente que casi todo podía curarse con un bizcocho.

—Mañana iremos a verla al hospital —confirmó su marido.

—Mi madre se alegrará.

Era verdad: amigos, amantes, aficiones, modas y décadas habían pasado volando; los Schmitz seguían ahí. En el transcurso de los años, el matrimonio vecino había demostrado una amistad verdadera. Y tampoco eran tan burgueses como pensaba Regine antes. Desde que se había jubilado, Schmitz había fundado un grupo con tres antiguos compañeros.

Schmitz & Friends actuaban con regularidad en bodas, fiestas familiares y aniversarios de empresas. Tocaban en inauguraciones de cadenas de droguerías, en zonas peatonales y centros sociales. Olga Schmitz se ocupaba del vestuario artístico.

—Si tienes tiempo —comentó Schmitz—, el mes que viene actuamos en Gummersbach.

Todo seguía como siempre en la calle Bussardweg. Eva ignoró el teléfono. Sus amigas, que querían preguntar por su madre, tenían que esperar. Había llegado el momento de poner orden. En el desván y en su vida.

A lo largo de siete mil seiscientas generaciones, atesorar bienes fue la mejor estrategia para protegerse de los reveses de la fortuna. La abuela de Eva estaba preparada para todo. En un viejo armario guardaba la ropa *hippy* de Regine; en otro, la abuela Lore tenía su archivador de emergencia con importantes documentos de identidad, del banco y de vacunas por si estallaba una crisis o una guerra, papel de regalo usado, cordones de zapatos marrones, azules y negros, sobres de paquetería grandes con y sin ventana comprados a buen precio, los adornos de Navidad más el espumillón con plomo de los años sesenta que Eva alisaba con abnegación de pequeña después de que llegaran los Reyes Magos y envolvía en papel de periódico. Cada carta, cada etiqueta con el nombre de los regalos de Navidad, cada documento oficial y cada postal estaban cuidadosamente archivados. Eva confiaba en averiguar algo de su origen en ese desván.

Se fue sumergiendo capa tras capa en el polvo del pasado y en los documentos de la infancia y la juventud de Regine. Con cada uno de ellos se iba acercando cada vez más a su propio nacimiento. La copia de una carta en la que el abuelo daba las gracias a Anton Dorsch por el contrato de prácticas de Regine proporcionó una primera pista: el 1 de enero de 1965 Regine entró a trabajar de aprendiz de ama de llaves en el castillo de Achenkirch, el sanatorio infantil de la fábrica. Eva conocía la

historia de Anton Dorsch. Al igual que muchos empresarios de su generación, Dorsch se propuso ocuparse de sus trabajadores también fuera de la empresa. Su compromiso social se centraba especialmente en los hijos de sus obreros y empleados. El sanatorio que fundó se hallaba en Franconia y lo regentaba su hermana. Durante su aprendizaje, Regine envió algunas postales desde Achenkirch. Luego cayó la bomba: Regine, que acababa de cumplir dieciséis años, estaba embarazada, algo que a mediados de los años sesenta era el fracaso moral absoluto y la muerte social. «A una persona echada a perder de tal forma no se le puede permitir en modo alguno el trato con nuestros niños, necesitados de descanso», decía airada la directora, Frieda Dorsch, en su carta de despido. Regine abandonó Achenkirch ignominiosamente y volvió a la casa paterna. El 22 de enero de 1966 nació Eva. En la partida de nacimiento no se hacía mención alguna al padre.

Cuando volvió a meter en el armario del desván el archivador «Cartas», le llamó la atención un sobre que se había quedado en el fondo. El escrito iba dirigido a su madre: «Entréguese a la señora doña Regine Beckmann». En el borroso sello se distinguía el año 1993, y en el sobre había tres fotos en blanco y negro de la época que Regine había pasado en Achenkirch y una postal de un castillo que dominaba un pueblo. «Esto no puede ser una casualidad, querida Regine –ponía al dorso con una letra de hombre segura y angulosa–. He vuelto al castillo de Achenkirch, en la radio canta Doris Day y Emmerich trae cajas llenas de fotos antiguas para solicitar la subvención. Y de pronto vuelves a estar sentada en la ventana. ¿Te apetece ver nuestro nuevo viejo castillo? ¿Pese a todo lo sucedido? Quizás, quizás, quizás. Un saludo. Leo.»

Eva no sabía si su madre llegó a leer esa carta.

5

–¿Por qué lloras, mamá? –preguntó Anna–. ¿Tan triste es la canción?

*You won't admit you love me.
And so how am I ever to know?
You always tell me
perhaps, perhaps, perhaps*

cantaba Doris Day en un vídeo de YouTube. Sorprendida, Eva sacó un pañuelo.

–La canción habla de dos amantes que no se encuentran porque nunca se dicen la verdad –respondió mientras se limpiaba nerviosamente las lágrimas.

–Pero tú encontraste a papá –tranquilizó, compasiva, la pequeña a su madre.

–Yo sí, pero la abuela...

Anna miró con aire reflexivo las fotos que Eva había encontrado en el desván. En la primera se veía parte de una fachada medieval; una puerta, tres ventanas altas en un grueso muro. En la del medio estaba Regine sentada, con las piernas colgando fuera. En la segunda se la veía entre un grupo de niños ante un árbol de mayo engalanado. La tercera se había hecho en un espacio abovedado. Regine se encontraba en un escenario con un

micrófono en la mano: una mujer joven que sonreía a la cámara con coquetería y despreocupación. Al dorso, con la misma letra de hombre que ya viera en la postal, ponía: «*Perhaps, perhaps, perhaps*».

—Tú tienes los mismos ojos, pero la abuela está mucho más delgada —observó Anna pensativa.

—Puede que me parezca a mi padre —aventuró Eva—. Algo habré heredado de él.

—Cocinar bien —sugirió Anna—. La abuela no sabe. Lo cuece todo tanto que acaba siendo puré. Luego le pone especias y dice que es indio.

¿Sabría cocinar su padre? ¿Se parecería a él? ¿Tendría sus mismos rasgos? Alrededor de las tres de la mañana, cuando estuvo segura de que nadie la molestaría, Eva tecleó en Google las tres palabras aciagas: «Castillo de Achenkirch». Un segundo después se abrió la página correspondiente de Wikipedia. Tras una historia agitada como castillo feudal, guarida de ladrones y salteadores de caminos, residencia condal, base militar, asilo de refugiados y sanatorio infantil, el castillo había permanecido vacío casi veinte años. En 1988, el «patronato para la conservación del patrimonio cultural de Franconia» se hizo cargo del monumento, que se encontraba en ruinas. En 1993, el castillo volvió a abrir sus puertas reconvertido en hotel. Eva hizo clic en la página correspondiente. En lugar de una dieta rica en calorías y reposo para niños víctimas de la guerra, ahora el castillo ofrecía un variado programa. Había toda clase de posibilidades: congresos, celebraciones familiares, bodas, programas de descanso. También semanas de *wellness*, seminarios de silencio, cursos de relajación y ayunos terapéuticos. La página web del hotel no proporcionaba información sobre el personal o los arrendatarios, tan solo un nombre en el pie de imprenta: Leonard Falk.

¿Sería el hombre al que buscaba? De pequeña se inventaba en la cama cada noche historias en las que su padre aparecía y le aclaraba todos los malos entendidos con palabras bien formuladas. Lo imaginaba como cabecilla sudamericano, como cocinero

en un buque mercante, como altruista cooperante en África. Se le saltaron las lágrimas. Judith tenía razón, había llegado el momento de hacer el viaje anual con sus amigas de las cenas de los martes. Todas ellas se merecían aparcar la vida cotidiana. ¿Por qué no en Achenkirch? Una semana de ayuno terapéutico sonaba genial. Y si en esos siete días averiguaba de paso algo de su procedencia, tanto mejor.

6

—¡Ayuno terapéutico! No nos vendría nada mal, ¿no creéis?
—propuso Eva con vehemencia.

Hacía una semana de la caída por la escalera. Judith había insistido en quedar de nuevo, hacer las cosas bien y decidir de una vez la fecha de la escapada anual, que por causa de Greta había sido aplazada en varias ocasiones. Para gran asombro de todas, fue Eva quien llevó la voz cantante en la reunión.

—El ayuno terapéutico no es simplemente una dieta, una redistribución de calorías —explicó—, sino un concepto sólido, deshacerse de kilos superfluos mediante la concentración.

Incluso había escogido ya el lugar adecuado. Tenía que ser Achenkirch.

—Un castillo en el valle del Altmühl. Apartado, solitario, agreste y romántico. Ideal para nosotras —anunció con absoluto convencimiento—. No hace falta buscar más.

A Caroline le sorprendió el ímpetu con el que Eva hizo su propuesta. Por regla general, a la Eva que volvía a ejercer la medicina la absorbía el día a día. No era capaz de hacer planes a largo plazo.

Pero «Me apunto» era su frase habitual cuando se trataba de planear la escapada anual con sus amigas. En sus vacaciones familiares se amoldaba por principios a lo que sus cuatro hijos o su marido, Frido, quisieran. Siempre acababa en hoteles exclusivos

demasiado caros, donde animadores con un buen humor patológico la encontraban justo cuando acababa de quedarse adormilada en la tumbona.

En las cenas de los martes, Eva sostenía su postura defensiva: «¿De qué me sirve imponer mi voluntad si los demás no están a gusto?». Su síndrome de buena samaritana no la abandonaba nunca. Incluso en el hospital siempre era la primera persona en su servicio a la que se recurría cuando había que hacer colecta entre los compañeros para cumpleaños, bodas y otros golpes de suerte y reveses de la vida.

—No me extraña que a mí me falte el gen del sacrificio —comentó Estelle con mordacidad—. Eva lo tiene por partida doble.

La mimada mujer del farmacéutico era una auténtica maestra en el arte de eludir tareas desagradables y dedicarse exclusivamente a las cosas buenas de la vida: prodigarse cuidados a sí misma. Normalmente sugería para el viaje anual con sus amigas un hotel prohibitivo con todo incluido que olía a indulgencia y refinamiento.

Antes de que Estelle pudiera decir nada, Eva fue enumerando sus argumentos. Se quejó elocuentemente de los kilos que había acumulado en Navidades, de los del año anterior, que había conservado en las caderas hasta después del verano, y de los del año siguiente, que sin duda no tardaría en añadir.

—En el REWE de Klettenberg ya han puesto los primeros panes de especias —se lamentó—. En septiembre es cuando mejor saben.

A Caroline le resultó inquietante el fuego graneado verbal que abrió Eva. Por más que quería, no era capaz de concebir que a su amiga, cocinera apasionada, le entusiasmara la idea de pasarse siete días sin comer. ¿Por unos kilos de más? Era médica, sabía de sobra que el peso que se perdía en una semana de ayuno terapéutico se recuperaba deprisa. ¿Qué importancia tenía Achenkirch para Eva?

La idea de someterse a una cura de ayuno conjunta levantó de tal modo el ánimo de las cinco amigas que, salvo a Caroline, a ninguna de ellas le chocó lo curiosa que era la enérgica iniciativa de Eva. En lo tocante al peso, las cinco mujeres, tan distintas entre sí, estaban de acuerdo.

—¿Una talla cero en siete días? Contad conmigo —afirmó Estelle, que andaba a vueltas con el nuevo traje de Chanel que había escogido para la gran gala benéfica del club de golf—. En la tienda me quedaba perfecto —protestó—. Lo único es que no me puedo sentar. Al menos no si quiero respirar al mismo tiempo.

Judith, que de todas ellas era la más espiritual, no tenía ninguna propuesta, de manera que se mostró encantada con los efectos psicológicos de la renuncia física.

—Dicen que el ayuno provoca un estado de euforia —comentó entusiasmada—. Y sin drogas.

—A mí tampoco me vendría mal —aseveró Kiki, que seguía intentando deshacerse de los últimos kilos que había acumulado durante el embarazo.

Antes de que Caroline pudiera explicarse lo que había detrás del vehemente afán de Eva, su amiga la sorprendió por segunda vez.

—¿Por qué no nos vamos cuanto antes? —propuso esta—. La semana que viene.

—¿Y tus hijos? —inquirió Caroline, que no entendía nada.

—Si los tengo en cuenta, ningún momento es bueno —fue la lapidaria respuesta de Eva.

A Caroline le había costado dieciséis años de esfuerzos incessantes convencerla de que fuera al viaje anual con las amigas a pesar de sus obligaciones familiares. Se había pasado dieciséis años inculcándole que educara a su familia para que fuese más independiente. ¿Y ahora se dejaba llevar por la espontaneidad? ¿Sin tenerlo todo organizado hasta el más mínimo detalle? ¿Sin tirarse semanas cocinando? ¿Sin folios llenos de instrucciones para que su familia sobreviviera en períodos de crisis sin la madre?

¿Sin sentimientos de culpa? El comportamiento de Eva era tan peculiar que las demás intervinieron.

—¿Vas a dejar a Frido solo con los niños? ¿Sin más? —se extrañó Estelle.

—¿Y tu madre? —preguntó Judith.

Desde hacía una semana Regine estaba en el hospital con los huesos rotos y el potencial para sacar de quicio inquebrantable. Precisamente en el servicio de su hija. Sus amigas sabían lo mucho que Eva se ocupaba de su madre.

La única que no dijo nada fue Kiki. Max le había mandado un correo electrónico: «Sabe hacer yoga», le decía. Y debajo se veía una foto de Greta durmiendo boca abajo, los rollizos brazos infantiles cruzados bajo la cabeza, la pierna doblada, el culito con el pañal bien alto. Kiki se emocionó, jamás habría pensado que la foto de un niño pudiera hacer que se le saltaran las lágrimas. Aun cuando se distinguiera claramente dónde se había puesto cómoda Greta: en su lado de la cama, en diagonal.

—Voto por lo del ayuno desde ya —se sumó Kiki—. Unos kilos menos y cabré sin problemas con Greta en la cama.

—¿Quién está a favor? —Eva obligó a tomar una decisión rápida.

Un segundo después se levantaron cuatro dedos. Detrás, Luc corrió a descorchar una botella de champán. La inesperada y rápida decisión, que tradicionalmente se regaba con una botella de *Veuve Clicquot*, lo pilló por sorpresa. En los dieciséis años que hacía que acudían a su establecimiento, las cinco mujeres nunca habían tardado menos de una hora de acaloradas discusiones en ponerse de acuerdo a ese respecto. Caroline seguía devanándose los sesos: allí había algo que no cuadraba.

—El ayuno no está indicado para adelgazar, pero resulta ideal para cambiar la forma de comer y para llevar un estilo de vida más sano —adujo Eva, como si a Caroline le hicieran falta argumentos.

Desde la experiencia conjunta del camino de Santiago, Caroline se sorprendía de muchas de las cosas que hacían sus amigas. Y más aún de lo que ella misma era capaz de hacer. Pero de eso prefería no hablar, no decir nada del extraño presentimiento que le inspiraba el plan de Eva. Ni de la llave que escondía en el bolso. Ni del hombre que la esperaba en el hotel Savoy. De manera que asintió:

—¿Ayuno terapéutico? ¿Por qué no? Me vendrá de perlas depurar y relajarme.

–Gira –dijo Eva–. A la izquierda. Tienes que meterte a la izquierda, ¡a la izquierda!

Diez días después de la cita en Le Jardin las amigas salieron rumbo a Achenkirch. Otra cosa era que llegaran. El coche no aminoró la marcha y se pasó la bifurcación. Caroline, que como siempre era la que conducía cuando iban de viaje, pisaba con saña el acelerador. El itinerario no era complicado, pero ella seguía con la cabeza en Colonia. Como Kiki, que por fin volvía a tener una entrevista de trabajo y no se uniría a ellas hasta por la tarde.

–Hotel castillo de Achenkirch. Quince kilómetros. Lo ponía bien claro –se quejó Eva.

Pasarse tres cruces y tener que volver a orientarse según el nada práctico *Mapa Allianz del Danubio-valle del Altmühl* la sacaba de quicio tanto como la música instrumental relajante que Judith había elegido para crear ambiente en la semana de vacaciones que pasarían juntas.

–Apaga ese sonsonete y pon el navegador –opinó Estelle, que, dormida como un tronco hasta entonces, abrió los ojos bajo el antifaz descongestionante que llevaba–. La vida puede ser muy sencilla cuando se deja el trabajo en manos de otros.

–El navegador se lo di a Philipp de regalo de despedida –admitió Caroline.

Se trataba de una indirecta contra el que aún era su marido, que insistía en que su sentido de la orientación innato era superior a cualquier aparato electrónico. Philipp sabía evitar los atascos que se formaban al final de la jornada en los anillos de circunvalación de Colonia, esquivar las eternas obras del puente Severin y encontrar el chalé escondido al que iban de vacaciones en el sur de Francia. Mejor que Caroline y mejor que la petarda del navegador, que lo confundía con su estridente «gire cuando pueda, por favor». Philipp no seguía consejos, y no giraba. Tenía sus propias ideas de cómo ir por la ciudad y por la vida. Al final no fue la petarda del navegador la que dio la puntilla al matrimonio de Caroline, sino la larga lista de mujeres con las que su marido se apartó del camino de la lealtad conyugal. El balance de Caroline resultaba deprimente: era una abogada penalista buena y temida, madre de dos hijos adultos y, desde la peregrinación, volvía a formar parte del grupo fiscal 1, el de las personas solas. «Vive separada de modo permanente», así se denominaba ese estado de indecisión en la jerga administrativa. Caroline tenía muchas cosas que digerir: por la que había hecho el viaje de peregrinación; Judith, la mujer aniñada, sensible, que había enviudado recientemente, su confidente y amiga durante años, la había engañado. Había sido una de las numerosas amantes de Philipp. El verdadero milagro de Lourdes era que las cinco amigas habían sobrevivido a la traición de Judith. Del matrimonio de Caroline no se podía decir lo mismo.

«Orientarte te hace más falta a ti que a mí», afirmó Caroline cuando al despedirse le dejó a Philipp el navegador en la mesa. En lugar del aparato se llevó el viejo mapa de carreteras para la escapada anual con sus amigas. Por la A3 desde Colonia en dirección a Núremberg, continuar por la A9 hasta la salida del valle del Altmühl. Tendría que haberse desviado a la altura de la localidad de Kipfenberg...

—Ahí. Ahí podrías haber dado la vuelta. ¿Por qué no das la vuelta?
—exclamó Eva.

Caroline no estaba a lo que estaba. Con un movimiento brusco se metió en el «Mirador de Achenkirch».

—Porque desde aquí se disfruta de las mejores vistas del valle —mintió, agradeciendo el improvisado pretexto.

Las vistas eran impresionantes.

—Como un mecano de Märklin —exclamó Estelle.

Un fuerte viento hacía que el pelo y las hojas otoñales le dieran en la cara. Sombras y luces se deslizaban a gran velocidad por los campos, los bosques y los enebrales. En la vaguada, tranquila y resguardada, el río y el pueblo de Achenkirch. Las casas típicas de la zona, grises y blancas, con sus tejados planos y su entramado de madera, se sucedían pegadas las unas a las otras. De las chimeneas salía un humo que se perdía en las vivas copas de los árboles. Sobre ellas descollaban rocas calcáreas escarpadas, tremendamente abruptas, de un blanco sucio. En el collado se alzaba el destino de su viaje: el castillo de Achenkirch. Seiscientos años de agitada historia se materializaban en gruesos muros de tosca piedra gris cubiertos enteramente de verde, en almenas y aspilleras, torrecitas y alas, anexos y construcciones contiguas similares a castillos. La imponente torre del homenaje rozaba unas nubes que desfilaban deprisa.

—Pues muy íntimo no parece —observó Estelle.

A juzgar por la cara que ponían sus amigas, Caroline vio que la llegada al castillo también les provocaba sentimientos enfrenados. Relajar, depurar, adelgazar: esa era la idea. Se alegraba de dejar atrás su frenética jornada. Siete días sin correos electrónicos y llamadas de teléfono urgentes, sin clientes difíciles y jueces impacientes, sin montones de expedientes y horas extras, sin compras de última hora en la estación de servicio, sin cumpleaños familiares, sin un coche que tenía que llevar a pasar la ITV, sin bombillas peladas en casa. Quince meses después de que se separara de Philipp, las bombillas seguían balanceándose en tono de reproche desde el techo de su pisito de dos habitaciones y

recordándole constantemente la realidad: que vivía separada de modo permanente. Siete días sin hombres ni compromisos familiares, sin crisis bancarias, debilidad del euro y reformas fiscales. Por desgracia también sin alimentos sólidos. Si había que ayunar, se ayunaba. Y punto.

Caroline se había propuesto mucho más que renunciar una semana a la comida, a los reconfortantes quitapenas y al narcótico vino de por la noche. El que se relaja gana horas de ocio: tiempo para una misma, para las amigas, para conversaciones y confesiones. Si quería que la amistad de las mujeres de las cenas de los martes durara, debía confiar a sus amigas el singular giro que había dado su vida.

—Una propiedad tan soberbia y que no tenga una cocina decente —suspiró Estelle.

—¿Y si nos damos el gustazo de una última comida? —propuso Eva.

Caroline asintió. Una mirada a la cadavérica Eva bastó para que intuyese que ella no era la única que tenía cosas que contar a lo largo de los días siguientes.